

Bien que Lampourde estuviese solo, en la mesa habia dos vasos, pues el dueño de la taberna, conociendo el horror de su parroquiano hácia las ingurgitaciones solitarias de los líquidos, le hacia poner doble servicio, y además porque de un momento á otro podia reunírsele un compañero de borrachera.

Interin aguardaba la llegada del convidado fortuito, Lampourde levantaba lentamente á la altura de sus ojos el vaso en el que brillaba herido de un punto luminoso el dorado y generoso licor. Luego, satisfecho ya el sentido de la vista y admirado hasta el éxtasis aquel color de topacio quemado, pasaba al sentido del olfato, y, removiendo el vino con una estudiada y cuidadosa sacudida que le imprimia un movimiento rotatorio, aspiraba el aroma con las fosas nasales tan abiertas como las de un delfin heráldico. Sólo faltaba el sentido del gusto. Las papillas del paladar, convenientemente excitadas, se impregnaban de un sorbo del néctar, y despues de pasarlo con la lengua de derecha á izquierda de la boca, lo enviaba por fin á la garganta con un claqueo de satisfaccion. Así es que Lampourde, como epicúreo consumado que saca de las cosas hasta la última gota de jugo y quinta esencia de lo que estas contienen de agradable, no solamente con un solo vaso de vino halagaba tres de los cinco sentidos que el hombre posee, sino que pretendia aun que el tacto y el oido pudiesen tomar su parte de fruicion; el tacto, por la lisura, pulidez y forma del cristal; el oido, por la música, vibracion y perfecta armonía que da al verter el licor de desde cierta altura en el vaso, ó al pasear circularmente los dedos mojados por el borde del cristal. Pero eso son paradojas, pampinas y caprichos de un refinamiento sutil en exceso, que nada prueban por querer probar demasiado, á no ser el vicioso sibaritismo de aquel perdonavidas.

Algunos minutos hacia que este estaba allí, cuando se entreabrió la puerta de la taberna, y un quidam, vestido de negro de piés á cabeza, no dejando ver blanco más que su cuello

y la revuelta camisa que le salia por entre jubon y calzones, hizo su aparicion en el establecimiento. Algunos bordados de azabache, medio deshilados, tenian la veleidad, sin por esto conseguirlo, de adornar el destrozo de su traje, cuyo corte, sin embargo, descubria un resto de antigua elegancia.

El personaje recién llegado, que despues de Lampourde, por quien sentia la más profunda admiracion, era la mejor espada de Paris, ofrecia la particularidad de tener de una blancura mate la cara, cual si la llevase enharinada, y roja como un carbon encendido la nariz, que además estaba surcada en todos sentidos de violáceas líneas, patente indicio de ferviente culto por la divina botella; espantando la imaginacion el cálculo del número de toneles de vino y de frascos de aguardiente que habian sido necesarios para alcanzar un grado tal de erubescencia. Aquella cara no era cara, sino un queso al que habian clavado una guinda. Para acabar el retrato, hubiera bastado colocar en el sitio de los ojos dos pepitas de manzana, y hacer un pequeño corte para representar su boca de hucha. Tal era Malartic, el amigo de corazon, el Pilades, el Eurialo, el *fidus Achates* de Jaime Lampourde; y aunque por la descripcion que del espadachin acabamos de hacer se vea claramente que no era la belleza su principal distintivo, sus cualidades morales suplían con exceso sus defectillos físicos. En el juego, trocaba el rey con habilidad que nadie se permitia hallar insolente; bebia á todas horas sin jamás achisparse, y á pesar de que no tenia, que se supiese, sastre, estaba mejor provisto de capas que el más acomodado cortesano. Por otra parte, hombre delicado á su manera, estaba adornado de todas las prohibidades del garito, y era capaz de hacerse matar por salvar un compañero, y de sufrir, sin chistar, trato de cuerda, calzetos, caballote, y aun el tormento del agua, el más violento para un bebedor de su calibre, antes que comprometer á los suyos con una palabra indiscreta. Excelente sujeto en su género, disfrutaba de general estima entre quienes ejercia su industria.

Malartic se fué derecho hácia la mesa de Lampourde, tomó un taburete, se sentó frente de su amigo, empuñó silenciosamente el vaso lleno que parecia aguardarlo, y lo vació de un trago. Su sistema, como se ve, diferia del de su atlátete, pero no era ménos eficaz, como lo demostraba la cardenalesca púrpura de su nariz.

Al final del báquico festin, los dos amigos tenian igual número de rayas de yeso en la pizarra del tabernero, y el dios de la viña, caballero en una barriaca, les sonreia sin preferencia como á dos devotos de culto diverso, pero de igual fervor. El uno despachaba la misa, el otro la hacia durar; mas la misa se decia.

Lampourde, conocedor como de las suyas propias de las costumbres de su compañero, llenó á este repetidas veces el vaso hasta el colmo, manejo que reclamó la aparicion de una segunda botella que, al igual que la primera, quedó pronto enjuta, y á la que siguió una tercera que se sostuvo más tiempo y reclamó mayor número de ceremonias para rendirse. Luego, para cobrar aliento, los dos perdonavidas pidieron pipas y se pusieron á enviar al techo espirales de humo; desapareciendo, despues de cierto número de bocanadas aspiradas y devueltas, como dioses de Homero y de Virgilio, envueltos en una nube en el centro de la cual solo se veia brillar, cual encendido metéoro, la nariz de Malartic.

Ocultos detrás de aquella masa compacta de niebla, los dos amigos, aislados de los demás bebedores, dieron comienzo á una conversacion que hubiera sido peligroso que oyera el comandante de la ronda nocturna; pero afortunadamente el *Rabanillo coronado* era lugar seguro donde nadie se hubiese arriesgado á poner los piés, pues debajo de los del exento bastante audaz para penetrar en aquella madriguera, hubiérase abierto la trampa de la bodega para no dejarle salir sino convertido en jigote.

—¿Cómo marchan los negocios?—decia Lampourde á Malartic con el tono de comerciante que se informa sobre el cur-

so de las mercancías;—nos hallamos en época de completa calma. El rey vive en San German, á donde le siguen los cortesanos, y esto paraliza las operaciones; en Paris sólo han quedado las familias medias y la gente de poco más ó ménos.

—No me hables de ello, amigo Lampourde,—respondió Malartic,—es una indignidad. La otra noche detuve en el Puente Nuevo un jóven de bastante buen porte, y le pedí la bolsa ó la vida; arrojóme aquella, y dentro no habia más que tres ó cuatro miserables monedas de plata, que para mayor burla sólo hubiera faltado que hubiesen sido falsas como resultó serlo el galon de oro de la capa de sarga, que no de paño, que dejó en mi poder. Como tú ves, en lugar de ser el robador fuí yo el robado. Al garito no van más que lacayos, pasantes de procurador ó niños precoces que, para tentar fortuna, toman del cajon paternal algunas pistolas que desaparecen antes de formalizarse el juego. En verdad te digo, que verse uno obligado á desplegar sus talentos para obtener resultados tan raquíuticos, es cosa que abochorna y hace subir los colores al rostro. Las Lucindas, las Dorimenas, las Cidalisas, por lo comun tan compasivas para con los matones, se niegan á pagar los vales y las notas, aunque echemos mano á argumentos de azebuche, á pretexto de estar ausente la corte y no recibir por esta razon ni finezas ni regalos, y verse obligadas, para vivir, á empeñar sus atavíos; y á no ser por un viejo celoso que me emplea en apalea los rondadores de su mujer, este mes no habria ganado ni para beber agua, á cuyo extremo no me obligará ninguna privacion, pues me parece cien veces preferible la muerte perpendicular. Durante este tiempo no me han encargado la menor emboscada, el más ligero raptó, el más insignificante asesinato. ¡En qué tiempos vivimos! Los odios decaen, los rencores desaparecen, el sentimiento de la venganza se entibia, olvidanse los insultos como los favores; el siglo, vulgarizado, se enerva y las costumbres van tomando una insipidez que me aburre y disgusta.

—Pasaron los buenos tiempos,—replicó Lampourde;—

antes un grande hubiera tomado nuestro valor á su servicio y le hubiésemos ayudado en sus expediciones y aventuras secretas; pero ahora hay que trabajar para el público. Sin embargo se ofrecen todavía algunas gangas.

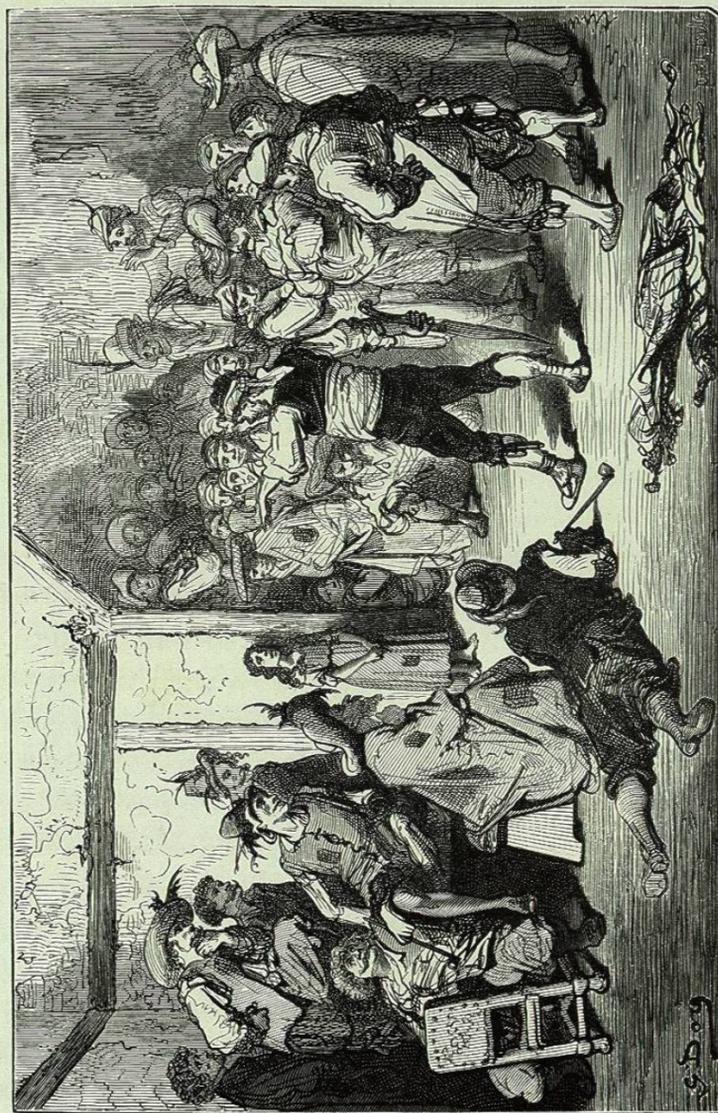
Y al pronunciar estas palabras, el maton removía en su bolsillo las monedas de oro, produciendo un sonido melodioso que hizo relucir de manera singular las pupilas de Malartie; pero como el dinero del amigo era sagrado, pronto su mirada recobró su plácida expresión. Contentóse pues con arrancar de las profundidades de sus entrañas un prolongado suspiro que podía traducirse por estas palabras: «¡Cuán feliz eres!»

—Creo,—prosiguió Lampourde,—poderte procurar trabajo dentro de poco, pues no eres perezoso y no gastas cumplidos para arrebujarte las mangas cuando se trata de endilgar una estocada ó de disparar un pistoletazo. Como hombre de orden que eres, ejecutas los encargos que te dan en el plazo que te señalan, y tomas sobre tu responsabilidad el hábertelas con la justicia. Lo que me admira es que la Fortuna no haya nunca descendido de su bola de vidrio delante de tu puerta, bien que esta zarrapastrosa, con el mal gusto que distingue á las mujeres, colma de favores á una turba de chisgaravís y de mozalvetes en detrimento de los hombres de valer; pero interin á la muy... tunante no le pasa por la cabeza dirigirte una mirada compasiva, bebamos hasta que se hinche el corcho de nuestras suelas.

Demasiado incontestablemente atinada era esta resolución filosófica para que á ella hiciese la menor objeción el compañero de Lampourde. Los dos perdonavidas cargaron pues sus pipas y llenaron sus vasos, y se echaron de codos sobre la mesa como hombres que se colocan con toda comodidad y no quieren que se turbe su reposo.

No obstante sus deseos no se realizaron.

De un rincón de la sala, sordo rumor de voces se elevó de un grupo de hombres que rodeaban á otros dos que trataban de las condiciones de una apuesta motivada sobre un



LA NIÑA, ACOSTUMBRADA Á TALES EJERCICIOS, NO DEMOSTRABA ESPANTO NI SORPRESA.

hecho sostenido por el uno y negado por el otro á ménos de verlo con sus propios ojos.

El corro se dividió en dos mitades.

Malartic y Lampourde, cuya atencion se habia despertado, percibieron un hombre de talla mediana, robusto, de mirada viva y astuta, atezado como morisco, ceñida la cabeza con un pañuelo, con marsellés marron que al entreabrirse dejaba en descubierto un colete de ante, calzones oscuros adornados en sus costuras con una hilera de botones de cobre en forma de cascabeles, y al rededor de los riñones ancha faja de lana encarnada de la que habia sacado una navaja valenciana que, abierta, alcanzaba la longitud de un sable.

El moreno abrió el chisme, tirando de un anillo, probó con la del índice la punta de la hoja, y pareció satisfecho de su exámen, pues dijo á su adversario:

—Estoy presto.

Luego, con acento gutural, silbó un nombre extraño y nunca oido de los parroquianos del *Rabanillo Coronado*, pero que ha figurado ya más de una vez en estas páginas.

—¡Chiquita! ¡Chiquita!

Al segundo llamamiento, una niña extremadamente flaca y pálida, dormida en un oscuro rincon, se desembarazó de la manta en que estaba enroscada y que le daba la apariencia de un lio de trapos, y se dirigió hácia Agustin.

—¿Qué me quieres, nostramo? aquí como en la landa estoy pronta á obedecerte, porque eres valiente y tu navaja tiene muchas rayas rojas.

Pronunció Chiquita estas palabras en lengua eskuara ó patuá vasco, tan ininteligible para franceses como el antiguo aleman, el hebreo ó el chino.

Agustin tomó á Chiquita por la mano y la colocó de pié contra la puerta, recomendándole que permaneciese inmóvil.

La niña, acostumbrada á aquellos ejercicios, no demostraba ni espanto, ni sorpresa; permaneció allí, con los brazos caidos y las manos cruzadas, mirando delante de sí con